



Laberintos. *Prisioneros del tiempo dis(continuo)*

José Mendivil

Universidad Ricardo Palma

Jcesarm63@hotmail.com

Lima-Perú



Y quizá, al volvernors más realistas o contemporáneos, podamos decir que estamos hartos de vivir en los laberintos creados por nuestros prejuicios y falta de lucidez.

Jorge Luis Borges

Resumen

Somos una república en la que toda esperanza de vivir en *una patria para todos los peruanos* pareciera perderse en los laberintos de nuestras disputas ideológicas, discriminaciones, resentimientos, odios y exclusiones que vienen del pasado y que todavía fructifican en pequeñeces y trivialidades de un presente sin sentido y casi siempre cercano al vacío en lo que es nuestra nación y la peruanidad. No les hablo aquí de la república de las efemérides y de los textos escolares, república que alimenta falsas esperanzas de que llegue el día en que disfrutaremos de su promesa realizada. Les hablo de la república siempre incierta e ilusoria en los fines e ideales menoscabados de nuestro republicanismo, liberalismo, nacionalismo y socialismo; de la república disminuida en el descuido y el infortunio de su gobernabilidad, la que no ha dejado de estropear los cambios que se han intentado o pretendido a lo largo de nuestra historia; les hablo de la patria sin soberanía, de la patria fantasmática y que solo podemos imaginar en la distancia de su pérdida y olvido; patria que solo se despierta en lo pasajero de nuestra sensibilidad, y que nos resulta

difícil encontrar en nuestra historia para poder satisfacer a nuestros deseos de grandeza y peruanidad; les hablo, como Renán, de “La patria [que] es cosa terrestre”, y me libro del “que quiera ser un ángel [que] será siempre mal patriota”, les hablo de su ausencia y menoscabos para lo histórico y el engrandecimiento de nuestra república, porque la verdad es que somos una república con una historia que se ha perdido entre sus frustraciones y un devenir extrañamente enmarañado en el que todo parece decirnos que no existe camino que andar ni salida que encontrar para sortear la mirada juzgadora de los fundadores de la república, que desde el pasado –podemos imaginar–, nos reclaman por haberla llevado a su pérdida y casi extinción, y preguntan por qué seguimos siendo, a pesar del tiempo transcurrido, una república extraviada en los laberintos de los *mil rostros* con los que se fundara; rostros que parecen mirarse todavía con rencor, menosprecio y temor desde las huellas del tiempo que se pierde en el pasado más lejano de afrentas y derrotas, rostros que parecieran decirnos que el futuro no dejará de ser para nosotros los peruanos una ilusión y una promesa incumplida siempre; porque lo que somos los peruanos, al parecer, carecerá siempre de la urdimbre o la trama de un tejido social y humano que nos deje hallar una salida de los laberintos raciales, de miseria y fortuna que nos separan; laberintos que no dejan de decirnos que todo lo que conocemos de nosotros parece haber sido destinado para su repetición en lo banal y pueril de un devenir sin una historia llevadera y entrañable.



Palabras Clave: Laberinto, historia, república, peruanidad, frustración.

Abstrat

We are a republic in which all hope of living in a homeland for every Peruvian seems to be lost in the labyrinths of our ideological disputes, discriminations, resentments, hatreds and exclusions that come from the past and that still flourish in trivialities of a meaningless present and almost always close to the void of what is our nation and peruanity. I am not talking here about the republic of events and school textbooks, a republic that feeds false hopes about the day when we will enjoy its promise. I am talking about a republic that is always uncertain and delusional in the purposes and ideals undermined by our republicanism, liberalism, nationalism and socialism; of a republic that is diminished in the neglect and misfortune of its governability, which has not ceased to spoil the changes that have been attempted throughout our history. I am talking about the homeland without sovereignty, of the phantasmal homeland and that we can only imagine in the distance of its perdition and oblivion; a homeland that only wakes up in the passing of our sensibility, and that it is difficult for us to find in our history to satisfy our desires for greatness and peruanity. I am talking, like Renán, about "the homeland [which] is an earthly thing", and I free myself from the "whoever wants to be an angel will always be a bad patriot". I am talking about the absence and undermining for the historical side and the extending of our republic, because the truth is that we are a republic with a history that has been lost between its frustrations and a strangely entangled future in which everything seems to tell us that there is no way to go or exit to find to avoid the judging gaze of the founders of the republic, that from the past - as we can imagine-, claim us for having taken it to its perdition and almost extinction, and ask why we continue being, in spite of the time, a lost republic in the labyrinths of the thousand faces with which it was founded. Faces that still seem to look at each other with resentment, disdain and fear from the traces of time lost in the most distant past of affronts and defeats, faces that seem to tell us that the future will not cease to be for us Peruvians an illusion and a promise always unfulfilled; because it seems that what we Peruvians are will always lack the weave or the weft of a social and human fabric that allows us to find a way out of the racial labyrinths, of misery and fortune that separate us; labyrinths that do not stop telling us that everything we know about us seems to have been destined for repetition in the banal and naive aspects of a future without a bearable and endearing history.

Keywords: Labyrinth, history, republic, peruanity, frustration.

La sociedad que somos

Somos una sociedad perdida en lo abrumador de sus carencias sociales y humanas para la democracia, el buen gobierno y el progreso; una sociedad que solo ha aprendido a sobrellevar con malestar e incredulidad la

promesa de que en algún momento dejará de ser una sociedad de indios "bárbaros", de criollos "aviesos" y de mestizos "ambiguos en su ser", y a aceptar que en el devenir de la memoria de nuestra historia volverán a repetirse inevitablemente los recuerdos de los traumas y frustraciones sufridos, el engaño y la promesa fácil desde las (dis)continuidades más perversas de nuestras malas tradiciones¹ políticas y pobres costumbres culturales, las que, a pesar de que han sido deslucidas por el tiempo y nuestros errores repetidos, insisten en quedarse y en no querer irse, agobiando con su sopor racista y humor pasadista nuestra cotidianidad y la necesidad de un presente que aleje nuestros temores a la liberación de nuestras diferencias humanas de sus ataduras culturales y prejuicios raciales, las que parecen tener sentido y utilidad solo para los que se han adueñado del poder, y para los marginales y resentidos que amenazan purificar los males de la república con baños de sangre², en una sociedad como la nuestra que ha sido desfigurada por la anomia social, la criminalidad y el terrorismo, y disminuida en su voluntad por la ausencia de un futuro cierto para todos los peruanos y peruanas, y por la carencia de élites capaces de promover el desarrollo de la ciencia y el logro de niveles adecuados de bienestar y de progreso social; sociedad en la que según nuestro ancestro cultural y posición social no hay paradojas que resolver ni encrucijadas que compartir y alterar, y a la que al parecer solo le quedará seguir siendo una sociedad negligente en el cuidado de lo propio, y siempre predispuesta a soportar el abuso y la injusticia; una sociedad con un presente que no hereda lo mejor de su pasado ni alienta la promesa de la vida peruana, porque lo que es culturalmente diverso entre nosotros los peruanos pareciera negarse a que algo debe morir antes para que la peruanidad renazca siguiendo de alguna forma a los retos de su tiempo y a los ideales de un peruano que hace ya cien años nos convocara a la tarea de *peruanicemos el Perú*, llamado a la peruanidad que desde nuestra contemporaneidad debiera llevarnos a encontrar una salida a las historias de vencedores y vencidos que se siguen murmurando, y a alejarnos de los menoscabos, culpas y resentimientos que vienen de una *memoria inútil y dañada* (Cisneros, 2015) sobre nuestro pasado, como si en la búsqueda de lo que queremos y deseamos, en la(s) búsqueda(s) por hallar la(s) salida(s) a los laberintos de nuestros desencuentros

1 Walter Benjamín, en sus *Tesis de la filosofía de la historia*, advertía sobre la necesidad de arrancar a la tradición del conformismo que la somete.

2 Carlos Thorne, en *Mañana Mao*, en su libro de cuentos *País violento*, publicado por la Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma, nos habla de Ángel Jesuso, un personaje anal que puede muy bien ser la imagen real de Abimael Guzmán, del terrorista mesiánico que asolara a la vida del país después del asalto a la comunidad campesina de Chuschi en Ayacucho en las elecciones de 1980 (2017, p. 100).



«Somos una sociedad perdida en lo abrumador de sus carencias sociales y humanas para la democracia, el buen gobierno y el progreso; una sociedad que solo ha aprendido a sobrellevar con malestar e incredulidad la promesa de que en algún momento dejará de ser una sociedad de indios “bárbaros”, de criollos “aviesos” y de mestizos “ambiguos en su ser”, y a aceptar que en el devenir de la memoria de nuestra historia volverán a repetirse inevitablemente los recuerdos de los traumas y frustraciones sufridos, el engaño y la promesa fácil »»

culturales y humanos debiéramos encontrarnos con nuestro “propio centro” sabiendo que “la vida no está hecha de un solo laberinto” (Rocquet, 1980), para poder dejar de ser una nación sin una historia compartida por todos los peruanos quizás porque nuestros tiempos culturales se han bifurcado, como decía Deleuze, en laberintos que convergen y divergen (Deleuze, 1989, pág. 84) inexorablemente entre menosprecios y resentimientos, sueños y esperanzas, y no nos ha sido dado, por dejades y prejuicios, concurrir a la formación de una peruanidad muy distinta a la que tenemos y que no nos deja reconocernos en el habla y la escucha sin mellas cuando volvemos la mirada al *nosotros los peruanos*; tiempos que por ser muy distintos nos han llevado a que sigamos viéndonos desde miradas muy dispares y sin semejanza alguna en sus intenciones, miradas que quizás no podamos evitar, pero que podríamos aligerar la pesadez de sus menosprecios y temores si solo disminuyéramos el sopor de sus prejuicios, y conviniéramos en lo bien que nos haría el empezar a desandar el laberinto de la peruanidad, sabiendo responder a la pregunta hecha por Barthes, ¿dónde comienza un laberinto? (Espelt, 2008, pág. 30), laberinto iniciado por la conquista y

continuado por la independencia, a la que sentimos como una frustración por lo que no hizo y se ha dicho con exceso de ella, dichos de los que deberíamos reírnos porque en el origen de la historia está la discordia (Foucault), independencia de la que queremos conservar solo sus símbolos y festividades; y desandar también el laberinto que se siguiera con la república reconociendo que su promesa nos había ocultado el secreto de su traición (Ricoeur, 2006, pág. 165), la naturaleza discriminadora de una república que no ha dejado de anhelar el parecido en la piel y en el hacer con occidente, y de desear la desaparición del rostro y la piel del indio y del nativo, quienes desde lo extraño de sus costumbres y máscaras sociales no han dejado de perturbar la semejanza deseada; promesa que se ha mostrado irrealizable en el igualitarismo que viene del republicanismo decimonónico y que aún perdura en su engaño en nuestro constitucionalismo³, y que de alguna forma esconde el secreto de su bastardía y de nuestra muerte sin tragedia⁴ ni gloria, gloria que solo puede venir de la conciencia de la existencia de la tragedia en la vida (Steiner, 2012), secreto de una historia casi sin héroes y prohombres a los cuales recordar y emular; laberintos que debiéramos desandar para poder asistir a la tragedia de *hacer la historia* y afirmar en nosotros el despertar de la peruanidad y de su acontecer en un mundo que empezará a ser muy diferente entre fines del siglo XXI y el inicio del siglo XXII, sin que olvidemos que la vida trágica que elijamos seguir no dejará de ser el laberinto en el que estaremos todos los peruanos, como hiciera notar Octavio Paz para los mexicanos en su libro *El laberinto de la soledad*, y que no existe sino en tanto nos vemos confrontados por la vida y la historia a enfrentar los retos del presente-futuro que trascienden a nuestra cotidianidad y su fatalidad desde lo fortuito y el azar⁵ que no dejarán de anunciarnos lo nuevo desde su acontecer y designios (Mc Evoy, 1999); laberintos que cada sociedad y humanidad *traza* en su acontecer⁶ como encrucijadas de la vida individual y social que van cambiando con el tiempo y que se imaginan, como decía Borges, como un laberinto de líneas que trazan la vida (Parkinson,

3 Para una mirada diferente de los cambios que requiere nuestro constitucionalismo se puede leer el Capítulo *Derecho: Ni zorros ni vizcachas*, de mi libro *Sociedad mediocre* (2016).

4 “Todos los hombres tienen conciencia de la tragedia en la vida” (Steiner, 2012).

5 Carmen Mc Evoy (1999), nos recuerda que Abraham Valdelomar desde su fatalismo existencial confesaba que su vida seguía a la fatalidad del suceso fortuito y los designios del azar.

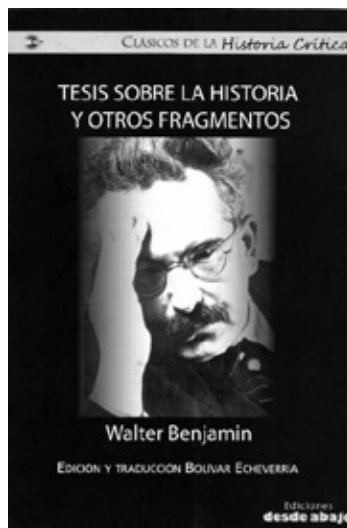
6 “Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara” (Borges citado por Parkinson Zamora, 2011, p. 364).



2011, pág. 364), como la promesa de algo deseado y anhelado, como la promesa de una satisfacción futura que se espera como si fuera el ideal de un deseo al acecho y por satisfacer, y su satisfacción una vez alcanzada compensará el tiempo de la espera, de los sufrimientos y males que deben soportarse mientras lo deseado no sea satisfecho, y que no pueden evitarse en el camino de la vida que se bifurca siempre en algún momento de su devenir, el que desde el pasado tienta al futuro, y desde su sinuosidad anuncia que lo humano no dejará de seguir el rumbo de lo creativo y de lo que Camus llamó lo humano autodestructivo (Camus, 1951), de lo que debe vivir y debe morir en su continuidad infinita (Kerenyi, 2006, pág. 86); bifurcación que puede reconocerse en la extinción de la república que anuncio, sin que interese demasiado lo que somos los peruanos y lo que hemos hecho de la peruanidad y del país; peruanidad que sin distinción de 'razas' o del color de la piel que cubre nuestros cuerpos y mantiene nuestras preferencias culturales y humanas, podría encontrarse en lo que quiere ser si solo la dejáramos hablar y la escucháramos, si le diéramos sentido a sus deseos de liberarse del laberinto en el cual pareciera seguir inexorablemente sometida a sus orígenes no deseados, y atada a un devenir incierto y sin fines compartidos, por lo que pareciera que estuviera condenada a permanecer en la repetición de sus errores y dejadeces sabiendo que lo que *es* y se *repite* en ella solo puede formar a una república sin otro destino que el de su inevitable extinción, y sin nada que valga la pena sufrirse para aproximarnos a la realización de su promesa, ni nada que anuncie su goce en un futuro próximo por celebrar; laberintos del nosotros los peruanos desde los que no podemos evitar preguntarnos en algún momento de nuestro devenir ¿quién soy yo cómo peruano(a)?, ¿qué significa ser peruano(a) desde el laberinto de la peruanidad y de una cultura no conformada por logros comunes y certidumbres compartidas en un mismo futuro?, o preguntarnos, ¿tiene futuro la peruanidad?, por más que creamos estar fuera o habernos alejado lo suficiente del malestar que nos provoca la república en la que vivimos, y que, queramos o no, no dejaremos de vernos perturbados por la presencia fantasmática de su extinción, o requeridos por la búsqueda de su sentido emancipador, el que al parecer, por el mal que se repite hasta el hartazgo en nuestra cotidianidad, y que reduce nuestra voluntad y nos provoca desazón y escepticismo, no hemos podido disfrutar en casi 200 años de vida republicana, es decir, mal que no hemos sabido descifrar en su sentido laberíntico en las bifurcaciones que la evolución de nuestra historia y cultura ha traído consigo anunciando posibles salidas y escapes, salidas que por el

tiempo perdido y lo poco que hemos logrado pareciera que deberemos inventar o crear *ex nihilo*, casi de la nada para encontrar un lugar al que deberemos ir para poder reunir a todos los *rostros de la peruanidad*, un lugar desde el que puedan narrarse *todas las historias* (Carlos Pereyra et.al., 2005) y compartirse todas las *formas de vida* del *nosotros los peruanos*, como si fueran estas historias los pliegues y los hilos de un gran tejido humano en el que toda(o)s la(o)s peruana(o)s estén y concurren no para esgrimir sus verdades, fidelidades, prejuicios, creencias religiosas y culturales, porque de ello hay bastante y con exceso, sino para liberar sus diferencias despojándolas de la influencia de cualquier ideología, dogmatismo o fe infecundas, y ser de alguna forma infieles a su pasado más lejano y cercano, y puedan, como advirtiera Borges, sorprenderse de lo que antes se habían negado a sí mismos, y asombrarse de su encuentro con algo que quizás les pareció imposible de pensarse, imaginarse, desearse y darse, y se despierte por fin a la peruanidad para una vida trágica y hacedora, y podamos entonces encontrarnos con mejores caminos civilizatorios del porvenir humano, de la libertad y el cambio social, como si buscáramos no la verdad de lo que somos, búsqueda que no dejará de ser infructuosa en algún sentido, y con salidas siempre abiertas a nuevas aventuras humanas que nos aproximen a la(s) vida(s) que queramos vivir y que nos deje(n) elegir el olvido de lo que con perversidad alarga a nuestro espíritu y nos impide pensar en un futuro compartido, el que desde un nuevo inicio deberá servirnos para ir más allá de nuestras diferencias fenotípicas y culturales que siguen haciendo todavía indescifrable a nuestra sensibilidad, sociabilidad y movilidad social en la repetición de lo mismo; pensar desde lo que Foucault llamaba una ontología de nosotros mismos y de nuestra actualidad; diferencias que desde su perversión racial no han dejado de acercarnos al vacío de lo que somos y a la casi extinción de los ideales de nación y patria, es decir, a la imposibilidad de reconocernos como iguales y diferentes; y que en su olvido nos dejan de alguna forma el consuelo de tener que soportar a una imagen poco grata del nosotros los peruanos, de la nación y de nuestra identidad, la que al mirarse no puede evitar las marcas y señas del pasado que parecieran haber dejado su impronta y sus trazas en la mayoría de nosotros(as) para el murmullo que sabemos que inferioriza y resiente al *otro* y al *nosotros los peruanos* en una estética no deseada⁷ por la ausencia de lo bello cuando se mira o reconoce a la peruanidad en lo que se quiso evitar y que

7 Jorge Basadre, en su ensayo *La promesa de la vida peruana*, refiriéndose a los inicios de la república decía, entre otras cosas, que el Perú necesitaba un mejoramiento biológico de su elemento humano.



inusitadamente persiste en la sangre que se quiso limpiar y mejorar, con la idea de blanquear a la “raza peruana” (Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero, eds., 2004, pág. 273); nosotros que quizás por los mestizajes que no nos acercaron a occidente como quisimos, descuida su disfrute de lo propio y no sabe cómo evitar su frustración por tener una república en la que no es nada fácil hablarnos al oído y escucharnos, escuchar, saber escuchar lo que metafóricamente el etnomusicólogo Julio Mendivil ha llamado el “bullicio del otro” (Mendivil, 2016) para alejarnos de los prejuicios que aún nos frecuentan sobre un *otro* al que vemos siempre “disminuido” o que debe ser “reivindicado”, y que no son más que manías del racismo y la hipocresía moral de nuestra sociabilidad y sus desencuentros; y poder mirarnos sin herirnos por nuestros humores y por la piel que nos cubre; sociabilidad en la que, al parecer, no quedara sino lugar para seguir esperando que el mestizo que procrearan españoles e indias, que según Francisco López de Gómara, “aunque tristes y desamparadas, se divertieron con los cristianos” (Herren, 1997, pág. 215), sea por fin el héroe que por mucho tiempo hemos anhelado llegue y nos salve, un héroe en realidad vulgar y perezoso, como el Súper Chaco de Fernando Gutiérrez (Shaw, 2011, pág. 288); espera que parece olvidar que hemos tenido a ‘héroes’ apocalípticos como los Aguilar y Ubalde en el Cusco (1805), y más recientemente a iluminados y mesiánicos como Abimael Guzmán que, como *Jesuso*, el personaje anal que en uno de los cuentos de *País violento*, de Carlos Thorne, quiere purificar los males de la república con baños de sangre y terror en los años ochenta; o héroes como Túpac Amaru II que no pudo ser el héroe que la historia esperaba, y que fue derrotado probablemente porque la vida de mestizo y de curaca rico de la que disfrutaba, en tanto, como

anota Natalia Majluf, “formaba parte de un grupo social que tuvo un lugar ambiguo e incierto en la sociedad colonial” (Majluf, 2014), lo llevó a descuidar los fines de sus proclamas y la liberación de su raza y cultura, como señala Scarlett O’Phelan, hasta mediados de 1871 se continuó enviando mitayos a las minas, y se siguió recolectando tributos hasta su supresión temporal por presión de los indígenas (O’Phelan, 2015), o héroes que fácilmente se hacen antihéroes como Andrés Avelino Cáceres (Réñique, 2014), y que solo nos dejan el malestar de su recuerdo y dudas sobre lo que hicieron.

Memoria (com)partida

Debido a la ausencia de una historia llevadera, la formación de una memoria histórica compartida no es nada fácil para nosotros los peruanos, probablemente porque somos una sociedad acostumbrada a entretenerse y perderse en lo contingente de su devenir, y a sufrir en su cotidianidad las consecuencias de sus debilidades y defectos sociales como si fueran inherentes a nuestra naturaleza humana y orígenes históricos; naturaleza que juzgamos defectuosa porque fue innecesariamente “mezclada” con el “indio”, y que percibimos débil en su personalidad y escasa de miras porque aparentemente no nos sirve como quisiéramos para alejarnos de lo peor de nuestro pasado y su memoria, por lo que no hemos dejado de desear a una peruanidad mejorada en su piel, y de esta forma, no nos dimos cuenta que lo que necesitábamos era formar a la peruanidad desde una memoria no-histórica, como señalaba Heidegger, memoria que debe pensarse (Heidegger, 2005, pág. 136), que debió de haber sido educada desde una interpretación más libre e imaginativa de nuestro pasado, y que debemos encontrar si queremos dejar de ser una sociedad intimidada por su pasado y en la que prevalecen su servidumbre y predisposición para soportar los desmanes del autoritarismo y la mediocridad; formas estas de la peruanidad que hacen que sea muy difícil que podamos ser una sociedad de individuos con responsabilidades de ciudadanos como imaginara a la democracia Alexis de Tocqueville, y dejemos de ser una *sociedad de masas* en la que ya no es tan fácil distinguir entre las promesas y las mentiras de su futuro, y podamos ser una sociedad que necesita descubrirse en el sentido histórico de su devenir y en lo que puede ser todavía *la promesa de la vida peruana* que nos legara Basadre, por lo que, aquello que debería interesarnos de nuestra historia no es su lado defectivo y de frustraciones por lo mal hecho y recibido de afrentas y derrotas, sino lo que viene de la singularidad de los procesos históricos y personajes que ocuparon su



escena con voz propia y en silencio, y que supieron que lo que hacían estaba cambiando sus vidas y su tiempo, y llenaba de incertidumbres el sentido de lo que se bifurcaba desde el inicio de la República, para que el conocimiento de nuestro pasado y sus historias sea, como enseñara Marc Bloch, en *Apología della storia*, el “desquite de la inteligencia sobre los hechos”, citado por Carlo Ginzburg (2010, pág. 13), y un ir más allá de nuestros peores recuerdos.

¿Y la proliferación de historiografías que se generarían desde esta mirada que quiere una historia distinta a la que se nos ha contado hasta ahora? (Ankersmit, 2011, pág. 167). Ante la historia que se nos ha contado y no nos satisface, es preferible, como hizo notar Jacques Derrida, que aprendamos a concebirla como una herencia recibida y siempre por hacerse, o, como la redención liberadora que viene del pasado, con el sentido de que no solo somos responsables del futuro de las generaciones venideras, sino también de que estamos obligados a responder “ante las generaciones que existieron antes” que la nuestra y a las que debemos considerar como el pasado que debe ser remediado y redimido, como enseñara Walter Benjamín en sus *Tesis sobre la historia*, y aprender a verla también como la “historia efectual” de la que hablara Gadamer, que advirtió que lo que digamos de ella no deja de influir en la historia en la que queramos reconocernos; formas estas de imaginar la historia y una nueva historiografía que deben permitirnos liberar a la nuestra de sus laberintos, liberar no solo la trama de sus colores culturales y de la piel que nos distinguen a unos de otros, sino y sobre todo, la que viene de nuestros deseos y preferencias para vivir la vida como nos venga en gana desde nuestra búsqueda de la libertad y de una mejor sociedad en un país con una naturaleza tan rica y diversa como la nuestra, sociedad que pueda mirarse y disfrutarse en sus cercanías humanas, y reconocerse en sus distancias, distinciones y diferencias tan necesarias y humanas para la vida social, porque en esta historia laberíntica y tan nuestra no hay un hilo de *Ariadna* que seguir para salir de sus laberintos, que, como dice Colli, es una mujer (1977, pág. 21); sino hilos de diferentes colores, diferentes al del laberinto griego de una sola línea como dice Borges en el cuento *La muerte y la brújula*, colores culturales y humanos que probablemente sean más parecidos a los de un *tocapu*, y que desde su trama colorida e iluminada, reclaman desde el pasado y el presente su liberación, o que se parecen a la vida diversa y sobrepuesta representada en el Cajón San Marcos o en los Retablos, en los que lo ritual, lo mágico y lo estético de colores intensos muestran un mundo de la vida laberíntico en escenas de la vida con personajes de

la naturaleza, vida animal, religiosa y común, no solo rural y moderna, sino de la historia (Castrillón, 1992, pág. 40), y en el que las “puertas” no dejan de expresar un valor simbólico, no solo el de la libertad del artista, sino el de la imaginación y búsqueda de otras escenas más libre de la vida diversa (Macera) de los peruanos, como si nos quisieran decir, como en la poesía “Escena Final”, de Blanca Varela, “He dejado la puerta entreabierta / soy un animal que no se resigna a morir”; búsqueda de nuestra liberación que, sin embargo, sigue por decisión de algún “dios maligno” aletargada todavía en algún lugar de lo que el escritor José Antonio de Lavalle dijo al inicio de la república, y que no cambio mucho si digo: “La república peruana es un laberinto capaz de enredar al mismo diablo” (Mc Evoy, 2017, pág. 19); laberinto que deberá de desandarse con su ayuda y con la de dios, como ironizara Ricardo Palma en su Tradición “El alcalde de Paucarcolla”, al decir: “Cuando vivía el diablo y había infierno, menos vicios y picardías imperaban en mi tierra”.

Parafraseando al historiador Arnold Toynbee puedo decir entonces que en nuestro laberinto somos nómades que nos negamos a partir para encontrarnos con nuestra historia, como si el devenir y el futuro nos asustaran y nos hicieran tímidos ante la incertidumbre y los riesgos de su aventura en el tiempo, ante la que, como dijo Luis Loayza en “El héroe” (1970), preferimos cerrar los ojos; nomadismo del que en alguna forma nos habla la historiadora peruana Carmen Mc Evoy cuando nos dice que la historia de la república posterior a su fundación es un laberinto “de ambiciones desenfrenadas, de identidades fragmentadas, de lealtades volubles y de rivalidades fraticidas” (2017, pág. 34).

Para encontrar alguna salida a nuestro laberinto, en alguna forma detenido en el pasado y en un presente sin futuro, debemos empezar reconociendo que por nuestros diferentes orígenes y tradiciones culturales estamos obligados a tener varias historias, como dijo Pablo Macera, “En vez de una sola y unitaria historia del Perú” (1972), una historiografía compartida; historias sobre los independentistas que eligieron conspirar por nuestra independencia y terminar con el virreinato español, historias que nos den el conocimiento de sus personajes que dudan de lo que están haciendo y de que es lo mejor para sus intereses y la historia que se escribirá; de personajes poco estudiados como José Gómez que lucha por la independencia en las revueltas de Arequipa, Tacna y Lima hasta su condena a muerte; de las rebeliones indígenas que pretendieron una sociedad y un gobierno diferente, y cuyas reminiscencias podemos encontrar todavía en quienes creen que es



posible el retorno a una sociedad dominada política y culturalmente por el *poder de los indios*, y que es posible el retorno simbólico del Inca o la conquista del poder por un *gobierno indio* que haga realidad el mito de *inkarri*; historias que nos den también una imagen distinta de los *criollos* tan vilipendiados por sus vicios y mañas, como si fueran solo de ellos, sin que hayamos notado que en su negación nos estábamos despojando de alguna forma de un destino diferente para todos los peruanos, destino con el que tuvimos un primer encuentro en el imaginario social y humano de las *Tradiciones* de Ricardo Palma, el que se perdiera porque no quisimos vernos en él ni seguirlo en lo que trasciende y hace grandes a las naciones y pueblos; historias que al contarse de nuevo nos eviten las “verdades” que hasta ahora se repiten sobre nuestro pasado, y que deberán narrarse para mejorar el conocimiento de lo que somos y hacer posible una historia compartida en la que se reconozca también a Juan Santos Atahualpa y a José Gómez como héroes nacionales, nueva historia que sirva para recuperar la estética de lo diverso y creativo, y como dijera Vargas Llosa en el artículo *Szyszlo en el laberinto* (1991), “vacío de prejuicios, abierto a toda influencia”.

La historia de la república no puede seguir siendo una historia en la que *sus* historias deben seguir siendo poco menos que marginales o anecdóticas; como ocurre, en cierta forma, con la historia de José Faustino Sánchez Carrión o la de Andrés de Santa Cruz y lo que pretendió con la Confederación, o con la historia de Juan Santos Atahualpa casi ignorada por los peruanos, o la historia de los afroperuanos que no es muy conocida en las escuelas⁸ y universidades; historias

que al ser narradas probablemente nos permitirán sobreponernos a los faccionalismos que nos parecen ser inevitables entre nosotros los peruanos, y que nos salven de tener que elegir entre ellas, error muy común en la historiografía (Klaren, 2012, pág. 168), o de seguir creyendo que nuestra historia solo tiene futuro detrás de las continuidades del republicanismo decimonónico, del socialismo o de lo que se le ocurra a cualquier iluminado esquizofrénico y salvador que cree que la historia sigue un curso lineal y no laberíntico⁹ y sinuoso en el que aparentemente no hay salida, no hay un horizonte esperable o este nos parece cada vez más inaccesible sin un horizonte común (Steyerl, 2014, pág. 23), y no pudiéramos tener la certidumbre de encontrarnos con algo asequible y disfrutable para la peruanidad de este siglo y del que viene, porque todo parece perderse en un discurrir (dis)continuo en el que lo que cambia carece de un sentido cierto, sobre todo si el *nosotros* no existe ni se reconoce; inexistencia que parece haber disgregado a la peruanidad en lo más disminuido de sus historias escritas y orales, y que no le permiten satisfacerse en algo al final de sus propios laberintos que se repiten.

Salida laberíntica

Deberíamos admitir que vivimos en una sociedad que se ha hecho infecunda y morosa, y en la que millones de peruanos se ven precisados a encontrarle algún sentido a su exclusión y discriminación en la ilegalidad y la anomia; una sociedad que alimenta la ilusión sin fin de que hace bien queriendo alejarse del cuero del indio, ilusión de la que no hemos sabido librarnos deseando que la peruanidad deje de estar salpicada por la (anti) estética de su ruralidad y tradiciones campesinas y nativas que se conservan a través de personajes como los “Kuraka, Apu en la Amazonía; Yuyaq, Yachaq, Awki, Aw-kish, en los pueblos quechua; Jirka en los pueblos yaro; Yatiri y Machula en los pueblos aymara y, padre o madre en la costa norte” (Miranda, 2006), y por la que viene de la modernidad marginal y su “desborde popular”, de la antiestética de lo “emergente” aún con la mirada puesta en el pasado y que se ha hecho inevitablemente disminuida ante la estética de lo blanco y occidental, y que parece alojar solo a espíritus

Historia del Pueblo Afroperuano y sus Aportes a la Cultura en el Perú.

9 Visión de la historia que podemos encontrar en Manuel González Prada que después de la guerra con Chile dijera que el verdadero Perú no era el criollo, sino el de los indios; en Luis E. Valcárcel que nos hablara de la necesidad de un Lenin dirigiendo la revolución de los indios bajando como una *Tempestad en los Andes*, o más recientemente, hasta hace poco, por José Matos Mar que nos dijo que el verdadero Perú es el que han formado los migrantes andinos desde los años 50 del siglo pasado, que el verdadero Perú es el del desborde popular.

8 La Dirección General de Educación Intercultural, Bilingüe y Rural (DIGEIBIR) y la Dirección de Promoción Escolar, Cultura y Deporte (DIPECUD) del Ministerio de Educación publicaron en el 2012 *La*



menoscabados en la pequeñez de lo nacional para poder conciliar a la nación con la evolución que occidente sigue y con lo que el pasado más lejano nos ha dejado como un orgullo disminuido que no ha podido comprometer a nuestra sensibilidad con su reconocimiento; estética de lo inacabado y siempre por hacerse desde la fatalidad de lo

que Miller llamaba “la angustia laberíntica” (2013) que solo nos ha dejado alguna similitud con occidente y una proximidad distante con lo andino, y que no nos deja ser una república que pueda ser apreciada por su creatividad y búsqueda del progreso, al que Ludwig Wittgenstein le daba un significado típicamente occidental y un sentido constructivo (Marramao, 1989, pág. 15), porque en ella prevalece, como dijo Manuel González Prada, todavía el espíritu de pequeñez, espíritu atrapado en lo coyuntural y en un realismo disminuido y sin largo plazo, en el que el futuro se imagina como adaptaciones de la política al Estado de lo que es la sociedad o se imagina que es el pueblo, como se puede ver en lo que se ha dicho sobre la disolución del Congreso de la República y las próximas elecciones.

¿Hay alguna salida posible para el laberinto de la república y la peruanidad? Es evidente que no mientras la peruanidad siga siendo empequeñecida por la mediocridad de quienes se hacen cargo de los asuntos de gobierno y de la educación de las generaciones, y mientras estemos dispuestos a seguir sin reparo a personajillos públicos ordinariamente desprovistos de inteligencia y audacia, y sigamos cebando a nuestros faccionalismos ideológicos, políticos, religiosos y culturales, y no sigamos a la vida que cambia, y mientras dejemos que millones de esperanzas mueran cotidianamente en la mirada de niños y jóvenes que no pueden decir también que el sol calienta el pan de sus mesas, como decía Manuel Scorza en su poema “El desterrado”, o dijo César Vallejo en su poema “La rueda del hambriento”: “[...] pero, dadme, algo en fin de beber, de comer, de vivir, de reposarse, y después me iré”, y no nos demos cuenta que el presente es para ellos y para nosotros la trama de diversas fugas y contagios (Guattari, 2013), trama en la que cada rostro y deseo puedan encontrar el lugar de su realización y reconocimiento, y en el

«¿Hay alguna salida posible para el laberinto de la república y la peruanidad? Es evidente que no mientras la peruanidad siga siendo empequeñecida por la mediocridad de quienes se hacen cargo de los asuntos de gobierno y de la educación de las generaciones.»»

caso del “indio”, su lugar, un “lugar vacío”, sea sustituido por el lugar del quechua que ha aprendido que su libertad solo es posible si sus deseos y esperanzas están puestas más allá de su pasado y mitos, o de la búsqueda de un Inca y el retorno de la “utopía andina”, un quechua que mira de reojo y con ironía al indio de siempre que lo ha acompañado y del cual

quiere librarse, y que no está interesado en encontrarse con una “naturaleza andina” siempre original y que el tiempo no habría afectado, que ve con astucia el desvío del mestizaje, y que sabe que todo cambia sin tener que olvidar su lengua y los mejores recuerdos de su pasado, que sabe de su lugar en la “malla que hace funcionar la realidad” (Wilczek, 2018, pág. 97) peruana, que sabe del lugar de su metáfora en la realidad social de lo que somos, y de lo que no sabemos sino con alguna certidumbre cuando el futuro deja de ser una ilusión óptica (Jameson), algo que imitar, seguir o inventar, y deviene en un horizonte de expectativas y de sentido (Gadamer) que motiva entusiasmos y resistencias, y lo que creemos que son valores y tradiciones inamovibles por el tiempo y el progreso terminan desmoronándose ante nuestros ojos en una nueva cotidianidad que nos aproxima a lo que habíamos imaginado o soñado como una mejor sociedad. Pero, todo esto pareciera ser ajeno o distante para nosotros los peruanos porque cada vez soñamos menos con el futuro, y son reducidas nuestras esperanzas en que llegará el día en que gozaremos de la promesa de la que se nos hablara desde el inicio de la república. Puedo decirles entonces que la salida del laberinto de la peruanidad, o lo que es lo mismo, la realización de la *promesa de la vida peruana* tendrá muy poco que ver con la lucha de clases o con la inteligencia de la fe de Gustavo Gutiérrez, porque en él no solo están los desposeídos y olvidados, los vencedores y los vencidos, estamos todos *nosotros los peruanos*.

Bibliografía

Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero (editores). (2004). *Mundos interiores: Lima 1850-1950*. Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.

Ankersmit, F. (2011). *Giro Lingüístico, teoría literaria y teoría histórica*. Buenos Aires: Prometeo Libros.



- Borges, J. L. (s.f.). *Ficciones*. Alianza Editorial.
- Camus, A. (1951). *El hombre rebelde*.
- Carlos Pereyra et.al. (2005). *Historia, ¿para qué?* México: Siglo XXI Editores, S.A.
- Castrillón, A. (1992). *El retablo ayacuchano: Un arte de los andes*. Lima: IEP.
- Cisneros, R. (2015). *La distancia que nos separa*. Lima: Planeta.
- Colli, G. (1977). *El nacimiento de la filosofía*. Barcelona: Tusquest Editor,.
- Deleuze, G. (1989). *El pliegue: Leibniz y el Barroco*. Barcelona: Ediciones Paidós, S.A.
- Espelt, R. (2008). *Laberints, Llocs, textos, imatges, films*. Barcelona: Baertes.
- Evoy, C. M. (1999). "Entre la nostalgia y el escándalo: Abraham Valdelomar y la construcción de una sensibilidad moderna en las postrimerías de la República Aristocrática". En C. M. Evoy, *Forjando la nación*. Lima: Instituto Riva-Aguero.
- Evoy, C. M. (2017). *La utopía republicana: Idealidades y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Foucault, M. (s.f.). *Nietzsche, la genealogía, la historia*.
- Ginzburg, C. (2010). *El hilo y las huellas: Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: FCE.
- Guattari, F. (2013). *Líneas de fuga. Por otro mundo de posibles*. Buenos Aires: Cactus.
- Heidegger, M. (2005). *¿Qué significa pensar?* Madrid: Trotta, S.A.
- Herren, R. (1997). *La conquista erótica de las Indias*. Barcelona: Editorial Planeta-De Agostini.
- Kerenyi, K. (2006). *En el laberinto*. Madrid: Ediciones Siruela S.A.
- Klaren, P. F. (2012). *Nación y sociedad en la historia del Perú*. Lima: IEP.
- Loayza, L. (1970). *El ávaro*. España: Imprenta Lescano.
- Macera, P. (1972). *Síntesis histórica de los pueblos peruanos*. Lima.
- Macera, P. (s.f.). *Los retablos de Joaquín López Antay*. Lima: Revista Artesanías de América, Número 14.
- Majluf, N. (2014). Ruptura y continuidad: Tres libros sobre arte y literatura. En R. Estabridis, *Nuestra memoria apuesta en valor: Patrimonio cultural del Perú* (págs. 347-348). Lima: BCP, Ausonía S.A.
- Marramao, G. (1989). *Poder y secularización*. Barcelona: Ediciones Península.
- Mendivil, J. (2016). *En contra de la música: Herramientas para pensar, comprender y vivir las músicas*. Buenos Aires: Gourmet Musical Ediciones.
- Miller, J.-A. (2013). *La angustia lacaniana*. Buenos Aires: Paidós SAICE.
- Miranda, J. J. (2006). *Literatura oral y popular de Perú*. Ecuador: IPANIC.
- O'Phelan, S. (2015). El mito de la 'independencia concedida': los programas políticos del siglo XVIII y del temprano XIX en el Perú y Alto Perú, 1730-1814. En C. C. (editores), *La independencia del Perú: ¿Concedida, conseguida o* (pág. 237). Lima: IEP.
- Parkinson, L. (2011). *La mirada exuberante: Barroco novomundista y literatura latinoamericana*. México: Bonilla Artigas Editores S.A.
- Paz, O. (s.f.). *El Laberinto de la soledad*.
- Rénique, J. L. (2014). El Instituto de Estudios Peruanos: 50 años buscando nación, un ensayo de historia institucional. En M. T. (editor), *50 años pensando el Perú: Una reflexión crítica, el IEP 1964- 2014* (págs. 336-337). Lima: IEP.
- Ricoeur, P. (2006). *Caminos del reconocimiento*. México, D.F.: FCE.
- Rocquet, C.-H. (1980). *Mircea Eliade: La prueba del laberinto*. Madrid: Cristiandad S.L.
- Shaw, E. (2011). *Pintura contemporánea latinoamericana, Santiago de Chile, 2011, p. 288*. Santiago de Chile.
- Steiner, G. (2012). *La muerte de la tragedia*. México: FCE.
- Steyerl, H. (2014). *Los condenados de la pantalla*. Buenos Aires : Caja Negra Editora.
- Wilczek, F. (2018). *La ligereza del ser: Masa, éter y la unificación de fuerza*. Barcelona: Planeta, S.A.

Recibido el 11 de noviembre de 2019

Aceptado el 17 de noviembre de 2019